

Peccata minuta

Un chiste malo

JOAN
Ollé



Un chiste malo, viejo y ahora –encima– machista que me sigue haciendo gracia: tres amigos se enrollan con tres amigas en una discoteca. Hablan, ríen, cruzan miraditas... pero una de las chicas permanece fuera de juego. Uno de los amigos le espeta: «¿Cómo es que no dices nada?» Y ella: «¿Pá' qué? ¿Pá' cagarla?» Y es que últimamente solo aparece en los titulares gente que la caga, mucho, y frecuen-

temente a gritos. ¿Cuánto tiempo hace que no escuchamos ninguna declaración intelectualmente aplaudible por parte de algún líder político? Les encanta cagarla.

Un ejemplo de lo expuesto podrían ser los recientes gritos de **Lorena Roldán** –Arrimadas style– exhibiendo en plan multimedia su fotico de la ETA en el Parlament. O el reciente debate entre **Rahola** y dos periodistas de Madrid en el que nuestra **Pilar** y no la de **Merimée** defendía sus convicciones con tantísimo empuje que, por más razón que tuviese (o razones) las iba perdiendo exponencialmente por exceso de sangre y decibelios.

Algunos han ido progresando. Tanto **Casado** como **Iglesias**,

amonestados por sus **Iván Roldo** de turno y después de visitar al logopeda, empiezan a comprender que están más guapos callados. Y **Sánchez**, desde su presidencial voz de corbata, cada día se asemeja más a aquellas viejas máquinas expendedoras que charlaban con los clientes: «Su tabaco constitucional. Gracias».

En el planeta catalán, el griterío se ha ido delegando a las laringes que llenan sus calles. **Ruñán** está sufriendo una metamorfosis digna de estudio: de jotero punk a filósofo zen. Y el vicario **Torra**, confesor marista con estola amarilla, envuelto en un éter montserratino, susurrando a los oídos del pecador: «Aprieta, hijo mío, aprieta. *Ego te absolvo*».

Las tertulias radiofónicas y televisivas son un material sonoro aparte. ¿No les entra en el sueldo a los moderadores impedir que aúllen cinco a la vez sin que los escuchadores no entendamos otra cosa que su pésima educación? La solución, cambiar de dial o canal: **Mozart** nunca molesta.

Recuerdo que, de niño, con **Franco**, en el Diario Hablado de las diez de la noche una voz grave ordenaba –cito de memoria–: «Bajen el volumen de sus receptores, por favor (...) y comprobarán que la audición radiofónica es perfecta». También recuerdo que, décadas más tarde, en un recital de **Paco Ibáñez** alguien del público gritó: «¡No se oye!». a lo que él, después de un pétreo silencio vasco, respondió: «No quiero que me oigan; quiero que me sientan». Pues eso: gritar en voz baja. ≡

La hoguera

JUAN
Soto Ivars



¿Manson, un chivo expiatorio?

Ha pasado medio siglo desde los asesinatos de la Familia Manson y las publicaciones que ahondan en esta página de sucesos de la historia de la humanidad se multiplican. Contra ha publicado **Helter Skelter**, la mastodóntica biografía escrita por **Vincent Bugliosi** y **Curt Gentry** a partir del caso judicial contra la Familia, una pieza ineludible para cualquiera interesado en los pormenores, no solo criminales, de aquel grupo de títeres dominados por un psicópata. **Quentin Tarantino** opta por transformar la historia en parodia en *Érase una vez en Hollywood*, pero es el libro de un español, **Iñaki Domínguez**, el que nos ofrece el ángulo más inesperado para esta saga de asesinos apocalípticos.

Doscientas páginas le bastan a **Domínguez** para presentar la historia de la Familia y su falso padre demente, para proporcionar el contexto de los proxenetas que se aprovecharon del amor libre de los años 60, y para colocar encima de todo ello una lente absolutamente original. *El expiador: vida y obra de Charles Manson* (Melusina) es un ensayo hipnótico que muestra a **Manson** como un escudo en manos de un sistema amenazado. Lejos de justificar los asesinatos, que se describen con absoluta crudeza, somete sus consecuencias políticas a una interpretación rigurosa e inteligente.

Armado con la teoría filosófica del chivo expiatorio de **René Girard**, **Iñaki Domínguez** analiza cómo **Manson**, inductor de un gran mal, fue al mismo tiempo depositario de una culpa mayor, colectiva: la de una sociedad que se estaba desintegrando, empapada en drogas y descontrol, entre revoluciones raciales, sexuales, generacionales y culturales. En 1969, año de los asesinatos probados de la Familia Manson, se produjeron en EEUU 14.760 homicidios. Pero solo nueve de ellos iban a convertirse en leyenda.

La interpretación de **Domínguez** no solo aporta una luz nueva para aquella historia, sino que nos proporciona una herramienta con la que ogros contemporáneos, como **Ana Julia** o *la Manada*, adquieren una perturbadora función social. ≡

LOS SÁBADOS, CIENCIA

Unos rayos misteriosos

ADELA
Muñoz



Ala vuelta de vacaciones hay que hacerse revisiones médicas y en algunas de ellas se emplean rayos X. Mammografías, revisiones de los aparatos digestivo y respiratorio, fracturas, etc, los rayos X forman parte del ejercicio rutinario de la medicina y en su empleo se siguen rigurosamente los protocolos de protección para evitar los efectos indeseados, especialmente en el personal sanitario que los usa a diario. Hoy resulta sorprendente recordar que disponemos de esta potente herramienta de diagnóstico y terapia desde hace poco más de un siglo, y que hace tan solo cincuenta años, dedicarse a la radiología era una ruleta rusa en la que el médico tenía muchas probabilidades de desarrollar cánceres que se iban comiendo los dedos de las manos, las manos enteras y luego los mataba.

Todo empezó el 28 de diciembre de 1895, el mismo día que los hermanos **Lumière** hicieron la primera sesión pública en París de su famoso cinematógrafo, cuando **Wilhelm Röntgen**, profesor de física de la universidad alemana de Wurzburg, hizo pública la existencia de los rayos X. Los había descubierto mientras estudiaba los rayos catódicos, llamados así porque salían del cátodo o electrodo negativo, que se produ-



MONRA

cían en tubos de vidrio que contenían gases a muy baja presión sometidos a una descarga eléctrica; poco después se demostraría que los rayos catódicos eran chorros de electrones. Mientras realizaba estos experimentos, **Röntgen** observó que, junto con los rayos catódicos, se producían unos rayos en los que nadie había reparado porque eran invisibles; él se dio cuenta de su existencia porque hicieron brillar una pantalla fluorescente que había en una mesa vecina por casualidad. ¡Los nuevos rayos eran capaces de atravesar las paredes del tubo!

Tras este descubrimiento fortuito, **Röntgen** se encerró en su laboratorio durante seis semanas hasta confirmar su existencia e identificar sus propiedades. El hecho de que los rayos X permitieran ver el cuerpo humano por dentro, como puso de manifiesto la radiografía de la mano de **Bertha Röntgen**, atrajo la atención de la clase médica e hizo volar la imaginación del público en general. Por ello, a pesar de la precariedad de las comunicaciones de

la época, la noticia dio la vuelta al mundo unos días después de hacerse pública y al poco tiempo los rayos X se empleaban para localizar objetos tragados por accidente, balas, así como para identificar fracturas. También comenzaron a usarse como tratamiento de tumoraciones malignas, e incluso con fines comerciales insospechados: en muchas zapaterías hubo fuentes de rayos X para evitar a los clientes la molestia de probarse los zapatos.

SU USO en medicina se extendió gracias a los médicos que anticiparon las ventajas de uso y se dedicaron a poner a punto fuentes de rayos X para atender a los pacientes, así como los protocolos de uso. Algunos de estos médicos, como el doctor **Antoine Béclère**, un inmunólogo francés que comenzó a usarlos para diagnosticar tuberculosis, tuvieron que aguantar que sus colegas dijeran que estaban «deshonrando el cuerpo médico, convirtiéndose en vulgares fotógrafos». A pesar de las protestas de los médi-

cos refractarios a las innovaciones, la gran utilidad de los rayos X hizo que su uso acabara por imponerse. Posteriormente, cuando se pusieron de manifiesto los peligros que acarrearían, el personal sanitario cambió drásticamente su forma de usarlos y las dosis de radiación se ajustaron al mínimo imprescindible.

Röntgen recibió el primer premio Nobel de Física en el año 1901, con todo merecimiento, por el descubrimiento de los rayos X. Pero ¿qué fue lo que le llevó a descubrirlos? Él no tenía ninguna vinculación con la medicina, además de que era imposible que pudiera imaginar las aplicaciones que los rayos misteriosos podrían tener en ella. Es más, ni él ni nadie había intuido la existencia de los rayos X.

Lo que le permitió descubrirlos fue la curiosidad. De entrada la curiosidad por saber más sobre los rayos catódicos y una vez que hubo descubierto los nuevos rayos, la curiosidad por saber más sobre ellos.

El descubrimiento de los rayos X es un excelente ejemplo de que la ciencia fundamental, la que se hace sin estar enfocada a resolver un problema concreto, sino simplemente con el objetivo de entender mejor el mundo que nos rodea, es la que de verdad puede cambiar el mundo. Como, de hecho, cambiaron el mundo unos rayos tan misteriosos que fueron denominados X, el símbolo empleado para las variables desconocidas en matemáticas. ≡

Catedrática de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla y miembro de la Red de Científicas Comunicadoras.